

LA SALUD MENTAL Y LA EVOLUCION SOCIAL*

DRES. MANUEL M. VELASCO SUAREZ Y HECTOR M. CABILDO

Dirección General de Neurología, Salud Mental y Rehabilitación, Secretaría de Salubridad y Asistencia, México, D. F.

El hombre ha sido considerado con justa razón como un ser biopsicosocial, pues además de su estructura biológica posee una cualidad anímica que le hace superior al resto de los seres (biológicos que se conocen en la actualidad). Su mente le ha permitido sobreponerse al resto de las especies y dominar los elementos de la naturaleza para aprovecharlos en su beneficio.

Pero este dominio sobre su medio ambiente ha impuesto al hombre un grado de asociación con sus semejantes mucho mayor que el impuesto por la simple tendencia natural. Esa organización, que no es otra cosa que una disposición adecuada del esfuerzo de los individuos para lograr un objetivo común, le ha impuesto, a su vez, una serie de obligaciones y restricciones, así como un conjunto de normas y costumbres comunes que constituyen "su cultura".

A medida que el ser humano se fue asociando en grupos cada vez mayores hasta constituir verdaderas sociedades, fue sufriendo el impacto de la naturaleza y adaptándose a él, tanto en su yo consciente como en el subconsciente, lo que provocó una respuesta de su personalidad que, en muchas ocasiones, ha constituido una distorsión respecto del desarrollo de las potencialidades humanas, de la productividad, relaciones armoniosas y sentimientos hacia sus semejantes. Quiere esto decir que si bien el hombre ha sido factor determinante y definitivo en la creación de esas sociedades, éstas a su vez, como una obra que cobra vida, infunden en quien las crea una impresión indeleble que da características a su personalidad.

Resulta entonces de extraordinario interés, tener una imagen de la evolución social del hombre para entender los con-

ceptos de salud de los miembros de las diversas sociedades pasadas y presentes; con la circunstancia, además, de que nunca el aislamiento de los grupos ha sido tan grande que pueda concebirse sin una interrelación variablemente estrecha con los demás, de modo que podemos considerar que si la salud mental de un individuo no es independiente de los otros, la salud y la evolución de una sociedad tampoco son independientes de las demás.

Muy temprano en los orígenes de la civilización, contemplamos al cazador asociado a sus congéneres para obtener el sustento, para dominar el fuego y la piedra. Es probable que la jerarquización haya sido mínima, reducida a un jefe, a unos subordinados con un convencimiento pleno, casi instintivo y subconsciente, de la urgencia de adherirse al esfuerzo común y obtener de esa situación su seguridad personal, su estabilidad y una fuente de afecto. Probablemente con estas ideas es inconcebible el pensamiento separador o antisocial, pues la aceptación del orden establecido es básica para la conservación de la vida. Los huecos que el conocimiento no llena los ocupa el pensamiento mágico que compensa la angustia de la impotencia ante las fuerzas de la naturaleza y la muerte; y nació el culto a los muertos, tan patente ya en el hombre de Neanderthal. Este pensamiento mágico primitivo crea, entre otras cosas, la idea, muy ventajosa para la unidad del grupo, de que todos sus integrantes tienen un antepasado común, las más de las veces simbolizado por un animal y que constituye el totem del clan. Esta organización totémica trae aparejada una serie de obligaciones y restricciones de grupo, que constituyen los tabús y que representan ejemplos primitivos y típicos de la introyección que los hombres

* Manuscrito recibido en junio de 1961.

hacen de la cultura para integrar su conciencia crítica o moral, por lo tanto favoreciendo o perturbando su salud mental.

Más tarde en la evolución social, el cazador se transforma en el sedentario agricultor, que se instala en las márgenes de los ríos, tal como pueden ejemplificarlo las culturas de Mesopotamia y del Valle del Nilo. El hombre agricultor obtiene un excedente de producción que favorece la división del trabajo y la iniciación de la vida urbana. En esta cultura de transición, la acumulación de riqueza hace necesaria la aparición de la contabilidad y el lenguaje escrito que aseguren la posesión; surge la casta de los escribas. Es entonces que el acto religioso adquiere importancia extraordinaria a fin de propiciar el beneficio de la divinidad, y se desarrolla una casta sacerdotal.

Naturalmente, la riqueza acumulada por el hombre agricultor creó compromisos de orden económico e hizo necesaria la creación de otra casta, la militar, encargada de cuidar sus propiedades.

Por otro lado, cuando sobran los productos para satisfacer las necesidades propias, el incentivo de entregarlos a cambio de otras mercancías surge como una fuerza integradora de comerciantes, intermediarios, transportadores, etc.

Toda esta complicación social urbana requirió la centralización del mando y de la administración, surgiendo así el Estado, que para adquirir mayor fuerza, se funde casi de hecho con la autoridad religiosa, obteniendo la ascendencia necesaria sobre el pueblo. Esta etapa evolutiva del urbanismo, que hemos descrito a grandes rasgos, se reproduce naturalmente en diferentes épocas y en diferentes sitios y hace similar en muchos puntos la situación de los integrantes de esa población a la que ocurre posteriormente en cualquier otra sociedad; es decir, existe una situación cultural general que influye sobre la mente del individuo, pero existe también una situación particular para los individuos pertenecientes a una determinada casta o "status".

Por otro lado, ha de quedar claro que, en el momento actual, existe un enorme número de sociedades que se encuentran en muy diversas etapas evolutivas, parecidas en alguna forma, aunque nunca iguales, a las que hemos tratado de enjuiciar tan someramente. Es así como sería erróneo expresar que los indios Seris, de Sonora, representan un ejemplo de lo que fue el hombre cazador en el Neolítico; aquella organización, con su particular psicología, y aquella cultura, murieron para siempre con aquellos hombres de la prehistoria. Pero, indudablemente, los Seris, los Lacandones, los Comanches o los Chamula nos dan una oportunidad de entender que los miembros de una comunidad, con organización y evolución más primitivas, piensan y sienten en una forma a veces bastante diferente de la de los hombres de las grandes ciudades, que en alguna época de la vida pensaron que el mundo estaba constituido únicamente por ellos.

Algunos aspectos de la vida Chamula nos revelan vestigios de su antigua organización en clanes, con sus relaciones de parentesco por descender de un antepasado común, regulación exogénica patrilineal de las uniones matrimoniales, sistema de propiedad comunal, con su tendencia a sostener la igualdad de sus miembros, etc. Esta tendencia a la igualdad es probablemente uno de los valores actuales más importantes de este grupo cultural, pues se antepone inclusive al amor paterno o a las conveniencias sociales; así por ejemplo, si la repartición de comida y aguardiente no ha sido equitativa, un hijo puede agredir al padre. El grupo, por otro lado, ve con malos ojos que alguno de los miembros de la comunidad se enriquezca, y es frecuente que se le asigne entonces un cargo público o religioso, a fin de que gaste su dinero en el desempeño de su función y vuelva a ser igual a los demás. La mujer Chamula tiene igual obligación que el hombre de contribuir a la economía particular, lo que origina una reacción psicológica que le permite ser exigente con el marido, aun en lo sexual.

Esa igualdad de los Chamulas debe probablemente darles un sentimiento de solidaridad social que redunde en seguridad emocional. Por otro lado, la relativa libertad que tienen hombres y mujeres, y la edad temprana del matrimonio, son factores que les reducen conflictos emocionales.

Por otra parte, la organización social del Chamula, con su integración a base de alcoholismo, fomenta esta "dependencia", que es una enfermedad psicosocial, en grado peligroso para la vida misma del pueblo. Estas consideraciones hacen ver, una vez más, que la cultura actúa positiva o negativamente sobre la salud mental, individual o colectiva, y que todos los elementos culturales son importantes para el trabajador que se dedica a la salud pública y para todo aquel que desee conocer realmente al hombre.

Cuánta de la psicología del pueblo de la meseta central se explica a base de elementos culturales que proceden incluso desde la época de los aztecas. El niño chipil (tzipil), es hoy, como en la era precortesiana, un niño llorón, triste, susceptible, que se encuentra en esa condición de perturbación emocional por el desprendimiento afectivo, tan brusco, que hacen las madres con el niño menor cuando ya están esperando un nuevo vástago. Mientras el niño es el xocoyotl, es rodeado de mimos y consentimiento y recibe el pecho materno; en cuanto un hermano menor viene en camino y, peor aún, cuando nace, todo el afecto, las consideraciones y el pecho materno le son retirados bruscamente para proporcionárselos al nuevo xocoyotl. Tras ese desprendimiento, frecuentemente tal como sucedía con los aztecas, el niño es educado con rigidez y responsabilidades, para "endurecerle el carácter". Nada de raro tiene que gentes educadas en esta forma sean capaces de soportar mucho sufrimiento y que sean poco dúctiles, pues las acostumbra a aceptar que les despojen de todo, desde muy temprana edad.

Esta personalidad tímida, inhibida, resignada, que se desarrolla con tanta fre-

cuencia en nuestros medios rurales, sufre muy serio impacto cuando llega a la ciudad y se encuentra como un extraño en un ambiente totalmente diferente de su medio. El ritmo de la vida es extraordinariamente rápido para él; la aglomeración, la estimulación psíquica intensa por noticias, anuncios, etc., la dificultad de alojamiento, el cambio total de hábitos de vida, la escasez de trabajo y la transformación de su habilidad campesina en robot del maquinismo, le provocan un impacto muy serio que, con mucha frecuencia, da origen a desajustes que lo conducen a enfermedad mental de diverso grado o a enfermedad psicosocial, como la delincuencia o la prostitución.

En estas culturas primitivas podemos suponer que el equilibrio emocional se paoyó principalmente en dos elementos: por un lado, la posesión de bienes, pues la posesión comunal se había perdido con la organización tribal, y entonces, la propiedad individual le daba seguridad. Por otro lado, el pensamiento religioso le proporcionó sentimiento de protección en la vida y en la muerte, de esperanza en su propio desarrollo económico y de resignada aceptación de las castas que se hicieron superiores por su mayor habilidad en el manejo de los conceptos abstractos. La sociedad debe haber anhelado seguridad y dependencia en paradoja que rige la salud mental básica.

En una etapa de mayor evolución social del hombre, tal como lo puede representar la Grecia clásica, las fuentes de producción sostienen definitivamente la organización del Estado. La milicia, el clero, el comercio se desarrollan y es extraordinaria la creación artística, literaria y filosófica. La religión se hizo con dioses creados con una proyección de las características humanas con todos sus defectos y vicios; en el Olimpo aman voluptuosamente, se embriagan, odian y destruyen y sirven además como mal ejemplo.

Fue la sociedad griega una expresión del amor por lo fuerte y lo bello, con despiadada agresividad hacia lo débil y lo feo. Las artes

se desarrollaron a un grado que todavía hoy se admira. La filosofía también obtuvo grandes exponentes, pero al parecer esas doctrinas no influyeron suficientemente sobre las castas dominantes, que sólo vivieron para el hedonismo y la ostentación.

La mujer del pueblo fue encerrada en el gineceo, situado en la parte posterior de la casa, y se le exigió sumisión absoluta al varón, que era su dueño y su juez absoluto; naturalmente, los hijos nacidos en estos hogares habrían de desarrollar serios conflictos hacia ese padre agresivo con su madre, y una liga afectuosa fuerte con ella, pues permanecía todo el tiempo en casa a su lado. No es raro que la tragedia de Sófocles "El Rey Edipo" haya expresado una situación muy cotidiana de aquella sociedad. Cuánta de toda esa energía sublimada o sin sublimar, que manifestó el griego, pudo haber tenido su fuente en ese conflicto irresoluto de agresividad reprimida hacia el padre y de ambivalencia hacia la madre, a la que amaba, por su fuerte unidad, en los tiernos años de la vida y a quien esa sociedad le exigía menospreciar a la primera oportunidad. No es de extrañarse que esa situación convirtiera al matrimonio en un "mal necesario", como lo expresó Menandro, pues significaba la unión y el compartir la vida con el ser menospreciado y amado al mismo tiempo.

Son pues la sublimación y la canalización o proyección los mecanismos psicológicos que sostienen el equilibrio mental de la sociedad griega y es por esta preocupación tan claramente introspectiva lo que hace que el médico y el filósofo estipulen constantemente curar el alma antes que el cuerpo, y es probablemente también el origen del pensamiento platónico, inclinado a plasmarse en una comunidad ideal en su República, en donde nadie posea mujeres ni bienes terrenales con exclusividad, con lo que nadie estará expuesto a ser desposeído de sus bienes o de su mujer.

No en balde la cultura grecorromana, llena de tensiones y de angustias por una situación emocional que el placer y la

agresividad no pudieron calmar, se echa en brazos de la esperanza espiritual que le representaba el movimiento cristiano estructurado sobre la paz y el ejemplo de amor de una doctrina social superior tan infelizmente practicada por algunos de sus seguidores de hoy.

La sociedad cayó en el extremo contrario, cuando abandonando la paz serena y equilibrada, estableció y aceptó sistemas de rigidez que significaron la Edad Media.

Esta rigidez se manifestaba lo mismo en lo espiritual que en lo material, en el sistema de señores feudales, dueños absolutos de vidas y haciendas.

Ante esta situación de autoridad excesiva, la personalidad del hombre medio fue la de dependencia y sumisión como una manera de asegurarse el sustento, la protección y la paz.

Esta etapa de restricción de las manifestaciones liberales del espíritu, fue muy apropiada para el mecanismo mental de la represión, con todas las consecuencias del mismo, pues cuando la lucha entre las tendencias del yo y la restricción de la conciencia éticosocial es muy fuerte, el individuo sufre una conflictiva subconsciente propicia para la facilitación de las neurosis.

Por esto debemos considerar que la salud mental del hombre medio no pudo ser la mejor, sino que, probablemente, fue presa continua de la angustia subyacente y de mecanismos obsesivo-compulsivos y conversivos que le procuraban una artificiosa manera de mantener su equilibrio; por otro lado, alguna canalización debe haber habido en forma de agresividad penal a través de las sanciones y castigos impuestos por la organización feudal.

Es natural que en esta época el trastorno mental pudiera malinterpretarse y asociar sus manifestaciones a la acción de fuerzas extranaturales.

Pero como la evolución es una línea ondulante en la que de la cima se pasa a un valle, el Renacimiento permitió que el espíritu liberal tuviera su expresión en el desarrollo de las artes y de las ciencias,

huyendo de la crítica rígida y lográndose quizá un mejor nivel de salud mental cuya manifestación productiva fue evidente.

Es claro que, con esa liberalidad de estudio, el interés en la causa física de los fenómenos volvió a desarrollarse y se buscó, a partir de entonces y con mayor ahínco en la era bacteriana, la causa física del trastorno mental y por lo tanto prevenir las enfermedades físicas como la única manera de preservar la salud mental.

Fue posterior al Renacimiento, que una vez más la evolución ondulante hizo caer a nuestros antepasados inmediatos dentro de una nueva atmósfera de rigidez en cuanto a las costumbres, en cuanto al deformado respeto de hijos a padres, en cuanto al gusto coercitivo y conservador.

Esta es la época Victoriana de Inglaterra, positivista en México, etc., que vuelve a crear una atmósfera de orden autoritario, de mecanismo mental de represión, que crea, por así decirlo, un ambiente favorable al conflicto emocional.

Es con esta sanción social que los conceptos de rectitud, honor, responsabilidad y agresividad se desarrollan y se manifiestan en la educación. Ese ambiente de frustración fomentaba las personalidades dependientes.

En una etapa como ésta, de fuerte conflictiva subconsciente, los ojos de los intelectuales vuelven a concentrarse en la resolución de los mismos, por lo que la incipiente ciencia psicológica adquiere un desarrollo que, a la postre, constituirá una de las características de nuestro siglo. Es precisamente de la conjunción de la psicología con el impulso de ciencias básicas y conocimiento aplicativo de la higiene general, que surgen los primeros conceptos científicos de higiene mental cuyo moldeamiento continúa hasta la fecha. En esta época, la revolución, la guerra y la aceleración de los inventos facilitan la comodidad material del hombre, pero varían tanto el patrón cultural que originan desconcierto e incertidumbre.

De las costumbres de restricción el hombre ha pasado por la liberalidad opuesta.

Del ambiente de seguridad y protección pasó al de profunda inseguridad vital y a la angustia de la destrucción propia o la que surge de la necesidad de destruir a otros.

De artesano pasó a constituirse en autómata del maquinismo con la consiguiente frustración de su tendencia creadora, el anonimato de su esfuerzo y una pérdida de relación humana con la empresa que hace difícil una adecuada identificación con el grupo, provocándose la consiguiente frialdad ambiental. Tantos fenómenos sociológicos han provocado desajuste mental que ha dado lugar a que se hable de la personalidad neurótica de nuestro tiempo.

Los medios de difusión cultural tienen ahora un poder y un alcance extraordinarios que los han convertido en los verdaderos modeladores de la cultura. Radio, prensa y televisión son los que indican qué bebida hay que tomar, qué cigarrillos fumar, qué costumbres son las admiradas y cuál es el tipo de relaciones humanas que deben privar en el ambiente.

Esa excesiva estimulación, que evita por otra parte el trabajo de pensar lo que se desea, unida al ambiente de miedo y agresión latentes, a la ansiedad por la velocidad y al exceso de libertad, han dado como consecuencia una angustia flotante en un individuo que no sabe lo que quiere, ni quién es, ni adónde va. Esta vacuidad del hombre de las grandes ciudades actuales le obliga a ponerse la careta que le impone el medio ambiente, pues el dios de la estandarización le obliga a no alejarse demasiado del común denominador, so pena de aislamiento.

Pero esta aglutinación miedosa y frustrante de personas, hace absolutamente frías las relaciones humanas y el hombre padece por falta de afecto verdadero dentro de una soledad inmensa en medio de las multitudes.

No es raro que, en esta época, como ya hemos observado en otras anteriores, en la que el conflicto mental se ha hecho muy ostensible, los miembros de la colectividad se preocupen por resolver sus problemas volviendo sus ojos hacia la higiene mental.

El desarrollo de las ciencias afines hace posible en la actualidad pensar en la prevención de los desajustes, mayores o menores, de personalidad, y la sociedad empieza a contar con los recursos de la salud mental como los únicos que habrán de evitar su hundimiento.

Por todo esto que hemos hablado de la evolución social del hombre y de las repercusiones que en su salud mental han tenido sus organizaciones sociales, creemos haber esbozado la enorme complejidad del tema, sobre todo si consideramos que la sociedad es una estructura que trasciende al hombre en su conducta y, viceversa, explicando sus manifestaciones antisociales como la actitud contraria al aprovechamiento de la protección y seguridad que da la norma en la organización humana.

Estos fenómenos de influencia del medio social en la personalidad, constituyen otra faceta que el estudioso de la salud mental ha de tomar en cuenta para llevar a cabo una labor efectiva. Vale la pena citar, por ejemplo, los fenómenos de transculturación que sufren los extranjeros recién llegados, y sobre todo, sus hijos, que, al asistir a nuestras

escuelas y al hacer amistad con los niños o jóvenes del país, poco a poco van sufriendo la tensión de una disociación muy grave entre el patrón cultural de sus padres y el patrón del nuevo ambiente, lo que le origina una situación de indefinición emotiva que perjudica enormemente su salud mental.

No cabe duda que el fenómeno de la delincuencia juvenil, que tanto nos preocupa ahora, es en buena parte la resultante de un fenómeno social que involucra la caída de valores, la desintegración paulatina de la unidad familiar tradicional en nuestro medio, de los fenómenos de introyección de patrones de vida antisociales exhibidos por todos los medios de difusión, etc.

Veamos, pues, como tanto el estudio longitudinal de la evolución del hombre, como el transversal de la condición social actual del mismo, nos indica la trascendente importancia de estudiar la sociedad en su conjunto para entender mejor a sus integrantes y realizar el intento extraordinariamente difícil, pero de urgente necesidad, de planear su moldeamiento para los fines de la salud integral del hombre, pues no hay riqueza mayor que la salud.